

remolinos, y cargaban los nuestros á la bayoneta en apretadas masas. Y sin embargo, faltaba mucho para que el combate concluyera.

El general O'Donnell, conociendo la situacion comprometida en que se hallaba el segundo cuerpo, luego que el tercero desembocó en el llano, dispuso que el brigadier Cervino, á la cabeza de tres batallones, marchase á sostener las importantes posiciones de Vad-Ras. Con este refuerzo, ya no vaciló el general PRIM en ocupar todo el monte que, en forma cónica, se destaca y domina todos los valles y montañas que le rodean, y constituia la verdadera clave del Fondach. Inmediatamente mandó avanzar á los batallones de cazadores de Baza y Ciudad-Rodrigo, conducidos por el brigadier Pino, para que flanqueasen los altos de la derecha, mientras que un batallon de la Albuera, con su resuelto coronel Alaminos á la cabeza, debia marchar de frente por lo más escarpado, en sosten de las fuerzas que, en el ataque general, irian por aquella parte.

Ciudad-Rodrigo, que iba delante, sufrió todo el choque del enemigo, que se arrojó sobre él, impetuoso como un río que sale de madre. Fué aquel un momento de horrorosa lucha; el heroico batallon perdió á su coronel, el bizarro señor Cos-Gayon y casi todos sus oficiales, que cayeron allí muertos ó heridos; quedó diezmado, pero vencedor, obligando á la infinita muchedumbre enemiga á retroceder. Acudió entonces el brigadier Cervino con los cazadores de Baeza, mandados por el coronel Novella, y enlazándolos con los de Ciudad-Rodrigo, se lanzó con ambos batallones al encuentro de los moros, contuvo á los que bajaban, los batió primero á tiros, les cargó luego á la bayoneta y hartó á nuestros soldados de sangre y de matanza. El batallon de Albuera coronaba entre tanto la altura más dominante del flanco izquierdo.

Ya en esto los demás cuerpos del ejército habian ocupado las posiciones convenientes para emprender el ataque general. Esperábase solo la llegada de la division de reserva, que tambien sostenia sobre los montes de Samsa una encarnizada lucha, en la que se portaron bizarramente los tercios vascongados. Luego que aquella division hubo rechazado á los moros hácia el valle de Wad-Ras, y coronado las alturas de la derecha, dióse la señal del movimiento decisivo.

El Duque de Tetuan, puesto á la cabeza de las tropas que respectivamente tenian más cerca los generales Ros de Olano y Quesada, marchó resueltamente por el centro, dominando el valle y las orillas del Jelú, en direccion al Fondach. El general PRIM, con veinte batallones, siguió avanzando por la izquierda, mientras otra divi-

sion lo hacia por la derecha. Las músicas de todos los cuerpos tocaban paso de ataque, y el ejército entero se lanzó en cerradas masas, sin disparar un tiro, despreciando el mortífero fuego del enemigo, que hacia los últimos y desesperados esfuerzos para detenerle.

A las cinco de la tarde, nuestras tropas habian arrollado completamente á los marroquíes, y ocupaban todas las formidables posiciones en que poco antes se hallaba su campamento, y que ellos habian elegido como inexpugnables, y como la clave para la defensa de Tánger y del interior del Imperio.

Terrible fué la lucha de aquel dia; porque los moros pelearon con extraordinario valor, con fuerzas numerosísimas y sobre un terreno erizado de dificultades, que conocian ellos perfectamente y les daban inmensas ventajas materiales para el ataque y para la defensa; pero tambien doblemente gloriosa para nuestras armas, que supieron arrostrar todos los peligros y vencerlos, aunque no sin pagar cara la victoria. El ejército español tuvo más de mil bajas entre muertos y heridos en la batalla de Wad-Ras. De los voluntarios catalanes, murieron quince, y fueron heridos ciento tres, entre ellos siete oficiales.

Lamentándose el general PRIM, despues de la batalla, de estas sensibles pérdidas, le contestaron con pasmosa serenidad aquellos valientes:—“*Encara 'n quedem per un altre vegada.* (Todavía quedamos para otra vez).” —“¿Y para otra?,” dijo el General.—“Para otra no,,” replicaron los voluntarios con abnegacion heróica.

Sin desconocer ni amenguar los méritos contraidos en aquella memorable jornada por todos cuantos en ella tuvieron ocasion de distinguirse, cabe decir que la gloria del vencimiento se debió principalmente al general PRIM y á las bizarras tropas que combatieron bajo sus órdenes. Así lo reconoció el General en jefe, consignándolo en el parte de la batalla que dirigió al Gobierno.

“El Conde de Reus, dijo, llenó cumplidamente mis órdenes; y sobreponiéndose á todos los obstáculos, le ví bien pronto formar los batallones al otro lado del rio, haciendo replegar al enemigo á las alturas de su frente... Conociendo el Conde de Reus la importancia de aquellas posiciones, las atacó y tomó instantáneamente. Perdido el primer aduar, el general Conde de Reus; puesto al frente del primer batallon de Leon y de un escuadron de coraceros, volvió á reconquistarlo... Otra carga desesperada del enemigo hizo ceder de nuevo á nuestras fuerzas avanzadas; pero lanzándose entonces el Conde de Reus con el primer batallon de Navarra, y cargando tambien á la vez un batallon de Toledo, volvió á quedar en nuestro poder la

posicion conquistada... *Los esfuerzos que hicieron las tropas de mi izquierda, con el general Conde de Reus, desconcertaron á los marroquíes y decidieron la jornada.*»

Cuantos vieron al general PRIM en aquel dia, celebraban luego llenos de admiracion, no ya su temerario arrojo, que era proverbial, sino su dominio completo de la situacion, la seguridad y el acierto en las disposiciones, la prontitud en concebir y mayor rapidez en ejecutar, estando en todas partes con el pensamiento y la mirada, y acudiendo instantánea y personalmente á donde quiera que mayor era el peligro. Contábase acerca de esto, que en lo más recio de la batalla, un íntimo amigo suyo no pudo menos de advertirle que se exponia demasiado.

—“No temas, le contestó PRIM sonriéndose; las balas vienen todas con *sobre*, y ningun sobre es para mí.”

Recordándole este y otros rasgos, cuyo relato andaba de boca en boca despues de la campaña de África, nosotros mismos le oimos, en una reunion de amigos, decir con verdadera modestia:

—“Se habla mucho de mi valor, y yo no lo comprendo: valor seria, si afectándome el peligro, lo arrostrase; pero á mí las balas me hacen el efecto de las notas de música: me divierten ó me animan; pero no me alteran. Debe de consistir en el temperamento, en los nervios... ¿qué se yo?... y por consiguiente, es una cosa que no tiene mérito.”

Esta singular idea del valor no impidió al general PRIM hacer el más cumplido elogio del que desplegaron los jefes y oficiales que formaban su cuartel general, los pertenecientes á los diversos cuerpos, armas é institutos, y aun los extranjeros que tenian á honra combatir á su lado. Hablando de estos últimos, en el parte de la batalla de Wad-Ras, decia:—“No puedo menos de llamar la superior atencion sobre el capitan bávaro D. Augusto Beaumen, que fué herido; el teniente sueco D. Enrique D'Aukarcrona, que tambien lo fué; el comandante francés, Baron Clary (pariente del emperador Napoleon), digno de la estirpe á que pertenece, que compartió los peligros de la jornada con el cuerpo de mi mando; y finalmente, los jóvenes portugueses D. Manuel Telles de Gama, que fué herido, y D. Juan Ferrao, pertenecientes ambos á una ilustre familia de su país, é hijo el primero del marqués de Niva, que han tomado plaza voluntariamente en mi escolta, y sellado con su sangre su arrojo y entusiasmo.”

Cuatro dias antes de la batalla de Wad-Ras, que puso fin á la guerra de Africa, el 19 de Marzo de 1860, se expidió un Real decreto, agraciando al general PRIM

con el título de *Marqués de los Castillejos* y la grandeza de España de primera clase para sí, sus hijos, herederos y sucesores, libre de todo gasto, en recompensa del mérito contraído en Castillejos, Cabo-Negro y Tetuan.

IX.

El supremo esfuerzo hecho por los marroquíes en la batalla de Wad-Ras debió convencerles de su impotencia para continuar resistiendo á los españoles, y de que, para estos, la toma de Tánger seria operacion de dos dias. Por lo menos, Muley-el-Abbas y sus generales y consejeros vieron claramente la gravedad del peligro que corria el Imperio, y se apresuraron á pedir capitulacion.

Acampado el ejército español en las alturas avanzadas de Wad-Ras, aguardaba de un momento á otro la órden de partir para forzar el paso del Fondach, cuando se presentó en el campamento el jefe de la guarnicion de Tánger y general de la caballería negra, Sidi Ahmet-el-Chablí, con una carta del Califa, en la que este encarecia vivamente sus deseos de acabar la guerra, y al efecto solicitaba del general O'Donnell una conferencia para ponerse ambos de acuerdo y firmar los preliminares de paz.

El Duque de Tetuan contestó al enviado, que si Muley-el-Abbas admitia las condiciones que ya conocia, y le avisaba la hora de la entrevista antes de las seis de la mañana del día siguiente 25, accederia gustoso á su peticion: de lo contrario, estaba resuelto á emprender la marcha.

Ya el ejército habia abatido tiendas, al amanecer del 25, cuando á toda brida llegaron los comisionados marroquíes, á decir que Muley-el-Abbas asistiria á la entrevista entre ocho y nueve de la mañana. El general O'Donnell mandó disponer una tienda para recibirle, á seiscientos pasos de las avanzadas españolas, y cuando vió venir al Príncipe, salió á su encuentro, dejando el cuartel general y la escolta á trescientos pasos, y adelantándose acompañado solo de los generales.

En la conferencia fueron sucesivamente aceptadas todas las condiciones propuestas, con la sola modificacion de reducir á *cuatrocientos millones* de reales la indemnizacion de guerra, que debia ser de *quinientos*.

“La insistencia con que Muley-el-Abbas pedia la paz, dijo al Gobierno el Duque

de Tetuan; su elevada condicion de Califa, y la dignidad con que soporta su desgraciada suerte, me movieron á rebajar á 400 millones la indemnizacion: no me pareció generoso para mi patria humillar más á un enemigo, que, si se reconoce vencido, dista mucho de ser despreciable.

Convínose en celebrar un armisticio, á contar desde aquel dia; y despues de firmarlo, así como tambien los preliminares para un tratado de paz entre las dos naciones, se separaron ambos caudillos.

Los adversarios políticos del general O'Donnell censuraron ágridamente la rebaja de los cien millones, interpretando mal los nobles sentimientos que la motivaron, y que sin duda enaltecieron más aun el triunfo de los españoles y la honra de la nacion: tambien supusieron que, al detenerse nuestro ejército en el Fondach, lo hacia obedeciendo á extrañas influencias, depresivas para la dignidad de España. Ninguno de estos cargos tiene justificacion: la guerra de Africa se habia llevado hasta donde bastaba y sobraba para reparar los ultrajes inferidos al honor nacional é imponer respeto á un enemigo fiero y nada despreciable: llevarla más adelante, cuando se habia prometido solemnemente á la faz del mundo no empeñarse en locas conquistas, habria sido dar una muestra de mala fé, y atraernos la malevolencia general, además de acometer una empresa ruinosa para un pueblo como el nuestro, que lo que necesitaba y necesita era robustecer sus fuerzas interiores.

Los preliminares de paz, conforme á los cuales se firmó un mes despues el tratado de paz, estipulaban lo siguiente:

1.º El emperador de Marruecos cedia á España todo el territorio inmediato á Ceuta comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra-Bullones, hasta el barranco de Anghera.

2.º De igual modo concedia á perpetuidad en la costa del Océano, junto á Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento de pesquería, como el que España tuvo allí antiguamente.

3.º Se ratificaria á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñon y Alhucemas, que los plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuan el 24 de Agosto de 1859.

4.º Se fijaba el importe de la indemnizacion de guerra, debiendo estipularse en el tratado la forma del pago.

5.º La ciudad de Tetuan con todo el territorio que formaba el antiguo bajalato del mismo nombre quedaba en poder de S. M. la Reina de España, como garantía

del cumplimiento de la obligacion consignada en el artículo anterior, hasta el completo pago de la indemnizacion de guerra.—Esta cláusula, que nos impuso la necesidad de mantener en Tetuan una guarnicion de 14,000 hombres, fué revocada más adelante, cuando se comprendió que era onerosa para España.

6.º Se celebraria un tratado de comercio, estipulando en favor de España todas las ventajas concedidas, ó que en adelante se concedieran, á la nacion más favorecida.

7.º El representante de España en Marruecos podria residir en Fez ó en el punto que más conviniera para la proteccion de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos estados.

8.º El Emperador de Marruecos autorizaria el establecimiento en Fez de una casa de misioneros españoles, como la que existia en Tánger.

Por último, se convino que desde aquel dia cesaba toda hostilidad entre los dos ejércitos, siendo la línea divisoria de ambos el puente de Buceja, y Muley-el-Abbas se comprometió á impedir las hostilidades de las kabilas, autorizando al ejército español á castigarlas, si á pesar suyo se extralimitaban aquellas en algun caso.

Al ampliar los términos de estas estipulaciones, para su mayor claridad, en el tratado que se firmó despues, se convino en que, cuando las tropas españolas evacuasen á Tetuan, podria adquirirse un espacio de terreno próximo al consulado de España, para la construccion de una iglesia destinada al culto católico, habitacion para los sacerdotes y cementerios para los españoles, que deberian ser respetados.

La guerra de Africa estaba felizmente concluida. Dos batallas y veintitres combates, en los que siempre salieron vencedoras las tropas españolas, y un honroso tratado de paz, dejaban en buen puesto el pabellon nacional, si no compensaban á satisfaccion de todos la cuantia de los sacrificios hechos por nuestra patria para vengar las ofensas recibidas.

El ejército español volvió el dia 26 de Marzo á sus antiguos campamentos, entrando en ellos á las dos de la tarde al son de las músicas militares. El General en jefe, con una division, habia regresado á Tetuan veinticuatro horas antes, siendo saludado por la Alcazaba con una salva de veintium cañonazos.

Durante el poco tiempo que aun permaneció en Africa el grueso del ejército, el campamento del general PRIM fué el punto de reunion y esparcimiento de todas las

personas distinguidas que allí se encontraban. Las bandas de música amenizaban las veladas con sus armoniosas tocatas, y los Voluntarios de Cataluña solían cantar un coro, compuesto y organizado por ellos mismos, aguardando la hora suspirada de saludar las costas de la patria.

CAPÍTULO VIII.

Festejos.

SUMARIO.—La vuelta de Africa.—El general PRIM desembarca en Alicante, y pasa á Madrid: es nombrado Director general de Ingenieros.—Entrada del ejército expedicionario en la capital.—Incidentes políticos.—Viaje del Marqués de los Castillejos á Francia.—Su regreso á España por la Junquera.—Festejos, honores y obsequios que se le tributaron en los pueblos del tránsito y en Barcelona.—Esta ciudad le declara su hijo adoptivo.—Visita de la corte á Cataluña.—El general PRIM vuelve á Madrid, pasando por Tarragona y Reus.—Recepcion entusiasta que le hicieron estas y otras poblaciones.

I.

Inmensa era, y en alto grado merecida, la popularidad de que gozaba el Conde de Reus al terminar la guerra de Africa: no habia partidos políticos, no habia clases, no habia personas en España, que, en aquellos dias de júbilo y entusiasmo, negasen el tributo de su admiracion al héroe sin igual de Castillejos y Cabo-Negro, de Tetuan y de Wad-Ras. Si los periódicos de ciertas ideas tenian palabras de censura para el modo inesperado como acababa de firmarse la paz, sin que la nacion obtuviese compensaciones equivalentes á la magnitud de sus sacrificios; si criticaban, con algun fundamento, la prodigalidad en las recompensas militares ¹, no habia por el contrario más que una voz para reconocer los méritos extraordinarios contraídos por el general PRIM durante aquella penosa campaña; y muchos fueron los que, co-
tejando servicios con servicios, consideraron pequeño el premio concedido á sus brillantes acciones ².

¹ Aparte de otras recompensas en los diferentes grados de la milicia de coronel abajo, muchos de ellos muy bien ganados, diéronse 9 ascensos á teniente general, 11 á mariscal de campo y 27 á brigadier; y además cinco títulos de Castilla, uno de Duque, otro de Conde y tres de Marqués, todos ellos con la grandeza de España de primera clase.

² Menos ambicioso que el público se mostró en esta ocasion el general PRIM. Contestando á una de las muchas cartas que se le dirigieron felicitándole por el título de Marqués de los Castillejos, se expresó en estos términos:

Y no solo en España: por todas partes se extendía la fama del Bayardo catalán, y su nombre, repetido en todas las lenguas, circulaba por los países extranjeros, donde tal vez se le representaba como á uno de los héroes fabulosos de las antiguas leyendas: tanto era lo que el general PRIM había llegado á excitar la imaginación de las gentes.

La exaltación de un hombre en el concepto público impone al que la alcanza una gran responsabilidad; porque todas las miradas se fijan en él; se presta gran atención á sus palabras; se espera mucho de sus actos; y como los partidos y otras entidades políticas procuran utilizar su popularidad y su influencia en provecho propio, nada de cuanto dice ó hace un hombre en esta situación, puede ser indiferente. Por esto, al reseñar, siquiera sea muy de ligero, los festejos y obsequios que se tributaron al Conde de Reus á su regreso de Africa, fijaremos especialmente la atención en la actitud del héroe, en sus discursos, en aquellas manifestaciones que le caracterizan ante sus contemporáneos y ante la Historia.

Designadas las tropas que debían permanecer constituyendo el ejército de ocupación en Africa, el general O'Donnell, con parte de las restantes, y acompañado de los generales Ustariz y Quesada, se embarcó para España el 28 de Abril. Al día siguiente lo efectuó el Conde de Reus, con los Voluntarios catalanes, los batallones de línea de Navarra y Toledo, y los cazadores de Barbastro, Arapiles, Chiclana y Alba de Tormes, llegando al puerto de Alicante el día primero de Mayo.

A las nueve de la mañana desembarcó el general PRIM, y precedido de los Voluntarios, y seguido de los citados batallones, entró en la ciudad, que le esperaba vistosamente engalanada con colgaduras, flores y banderas. Cerca del puerto habíase levantado un arco de triunfo, donde las autoridades recibieron al vencedor de Africa y á sus bizarras tropas. El general PRIM, montado en un brioso corcel, emprendió la carrera de antemano señalada, abriéndose paso á duras penas entre la apiñada muchedumbre, que le saludaba con vítores y aclamaciones, poblando el aire de palomas y alfombrando el suelo con versos, coronas y ramilletes de flores.

Las masas se precipitaban deseosas de ver y tocar á los valientes que acababan de combatir por la honra de la patria; los abrazaban con efusión, cubrían de flores sus triunfantes armas, ceñían de laurel sus gloriosas banderas, y muchos niños, le-

«Aprecio en el alma vuestra felicitación, y estad seguro de que, aun cuando hubiese salido lo mismo que entré en esta campaña, estaría más que suficientemente recompensado al recibir las felicitaciones de amigos, que, como á V., tanto afecto profeso.»

vantados en brazos de sus padres, ofrecian bandas, guirnaldas y coronas al héroe de los Castillejos, que pálido de emocion, recogia con gratitud aquellos preciosos dones del pueblo.

Con gran dificultad llegaron las tropas á la plaza de la Constitucion, en donde formaron en masa; y alzándose el general PRIM sobre los estribos, vitoreó á la Reina, al General en jefe del ejército de Africa, á España y al pueblo de Alicante. La multitud contestó estos vivas con férvido entusiasmo, vitoreando á su vez al Conde de Reus y á los valientes que le acompañaban.

Despues de recorrer algunas calles, siempre aclamado por la muchedumbre, volvió el general PRIM á las Casas Consistoriales, donde las autoridades le tenían preparado el almuerzo; terminado el cual, se retiró á su alojamiento, mientras el pueblo de Alicante, sin distincion de clases, sexos ni edades, continuaba solemnizando el dia en completa fiesta.

Por la tarde, el Conde de Reus y toda la oficialidad de las fuerzas recién llegadas concurrieron al *Casino Alicantino*, cuya Junta directiva se habia propuesto obsequiarles con un espléndido banquete. Hallábase éste preparado en el salon de baile de aquella casa, brillantemente engalanado con espejos y colgaduras, arañas y jarrones de flores, y á lo largo de él se estendian dos mesas, de las cuales una fué presidida por el general PRIM, y la otra por el Sr. Carratalá, en representacion del Casino.

Iniciados los brindis por uno de los socios, el Marqués de los Castillejos se levantó, y con pausado acento el principio, y creciendo gradualmente la entonacion, pronunció un discurso tan elegante en el fondo como arrebatador por sus valientes formas, encomiando el patriótico objeto que habia reunido á todos en aquel sitio, y atribuyendo la gloria de la última campaña al General en jefe del Ejército, que, como Presidente del Consejo de Ministros, dijo, habia tenido el heróico valor de aconsejar á S. M. la guerra, y el esfuerzo de llevarla despues á cabo con un acierto envidiable.

“Apartemos léjos de nosotros todo espíritu exclusivo de partido, concluyó diciendo: cuando se agitan grandes cuestiones nacionales, deben desaparecer las miserias de la política. Propongo, pues, tres vivas al general O'Donnell; y pues el pueblo de Alicante, que aquí nos reúne, sabe expresar tan bien los sentimientos de amor patrio que le animan, propongo además tres vivas para el pueblo de Alicante.”

Esta delicadeza con qué el héroe de Africa separaba de sí las atenciones de que

era objeto, para fijarlas en el interés supremo de la patria y en los méritos del primer caudillo del ejército, fué justamente apreciada por aquel auditorio, que contestó á sus vivas con gritos de entusiasmo.

Después de varios brindis muy oportunos, propuestos por el Sr. Carratalá, en nombre del Casino, por un oficial de Estado Mayor y otros señores, volvió á tomar la palabra el general PRIM, y con animada expresión y valentía en la frase, hizo el elogio de las tropas, de quienes dijo que se precipitaban sobre el enemigo con la misma velocidad que los proyectiles al salir de los cañones, al grito siempre mágico de ¡Viva la Reina! “Enardeciendo el valor de nuestros soldados, dijo por último, el nombre de S. M. la Reina ha sido el precursor de la victoria; y ya que esta excelsa Señora está más alta que todos los ciudadanos, propongo que se la vitorée seis veces.”

Los seis vivas á la Reina, dados por el General, fueron calurosamente contestados, y con ellos terminó el banquete. Durante el mismo, el jefe de los Voluntarios catalanes entregó al héroe de los Castillejos el nombramiento de cabo segundo, extendido á favor del Vizconde del Bruch, niño de dos años, á quien su padre había hecho alistar, como soldado, en las filas de aquellos valientes.

Por la noche se dió en el teatro una función en obsequio del Conde de Reus, á la que asistieron casi todos los jefes y oficiales y muchos soldados de los recién llegados de Africa, así como lo más brillante de la sociedad alicantina. El teatro estaba profusamente iluminado y cubierto de colgaduras de los colores nacionales. El general PRIM ocupó el palco de la presidencia, en compañía del Gobernador civil y el Alcalde de la ciudad, siendo objeto de las más vivas demostraciones de aprecio. Cantóse un himno expresamente compuesto por el señor Vilar; ejecutáronse varios actos de las mejores óperas, y una sinfonía del señor Charqués, músico mayor de la banda de la Municipalidad; y en medio de mil vítores y aclamaciones, arrojáronse multitud de poesías, y una elegantísima corona de flores y laurel de plata, dedicada al General por la señorita doña Elisa Varrichena.

Después de la función, se obsequió al Conde de Reus con una brillante serenata de despedida, pues al día siguiente debía continuar su marcha para Madrid.

El dos de Mayo, se expidió en Aranjuez un Real decreto, nombrando Ingeniero general del Ejército, plazas y fronteras, al teniente general don JUAN PRIM, Conde de Reus y Marqués de los Castillejos.

A las diez y media de la noche de aquel día, un inmenso gentío llenaba las salas

de espera y todas las inmediaciones de la estación de Atocha en Madrid. Había cundido por la tarde la noticia de la próxima llegada del general PRIM, y sus numerosos amigos, muchos personajes políticos y un pueblo inmenso le aguardaban impacientes. El silbido de la locomotora puso en conmoción á la multitud, y pronto el rumor creciente estalló en atronadores vivas al ilustre General, que descendía del tren, vistiendo el uniforme de campaña.

La guardia civil que formaba en dos alas para dejar libre el paso, tuvo que ceder y retirarse ante la muchedumbre de personas, que, agolpándose hácia el Conde en la sala de descanso, le abrazaban y estrechaban las manos, llevándole de este modo casi en peso hasta donde le esperaba el carruaje. Hallábanse allí, entre otros hombres de diferentes matices políticos, confundidos y ligados por un solo y común sentimiento, los señores Olózaga y Salamanca, Madoz y Córdova, Calvo Asencio y Carriquiri, Sagasta y Perez Calvo.

El General subió á la carretela, acompañado de su señora; y rodeado de muchos hombres que llevaban hachas de viento, y seguido de más de cien carruajes, avanzó lentamente por entre la apiñada multitud, que no cesaba de aclamarle, hasta llegar á la puerta de su casa, situada en la calle de Alcalá. Puesto allí en pié, y antes de bajar de la carretela, el Conde de Reus se quitó el ros y dió un viva á la Reina, otro á la Constitución y otro al Duque de Tetuan, que fueron ardorosamente contestados; despues de lo cual subió difícilmente la escalera de su habitación, á causa del gentío que la obstruía deseando verle y abrazarle.

Cuando los amigos del General se retiraron, la orquesta del teatro de Jovellanos vino á obsequiarle con una magnífica serenata.

Dos días despues, los jefes y oficiales del distinguido Cuerpo de Ingenieros se presentaron á cumplimentar al nuevo Director general, quien con este motivo les dirigió un sensato discurso, del cual solo extractaremos, por su significación, las siguientes palabras :

«Vuestros principios, como militares, dijo, deben consistir, en política, en no tener ninguno.—En ser siempre adictos á la persona de S. M. la Reina.—En no obedecer nunca más que al Gobierno constituido.»

Sin duda el general PRIM recordaba en aquellos momentos la reciente defección de un militar desdichado, antiguo compañero y amigo suyo, que mientras el ejército peleaba en Africa derramando su sangre por la patria, había secundado la inícuo tentativa de encender la guerra civil, en mal hora concebida y llevada á cabo por el